

MARGARET CHENEY

TESLA

**EL HOMBRE
QUE VIVÍA EN EL FUTURO**

Traducción de Miguel A. Delgado

Alianza editorial

Título original: *Tesla. Man Out of Time*

Primera edición: mayo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1981 by Margaret Cheney

© de la traducción, Miguel Ángel Delgado Fernández, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-206-1

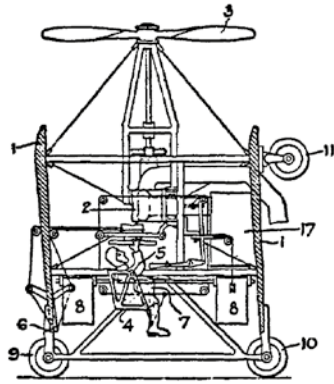
Depósito Legal: M. 3.184-2026

Printed in Spain

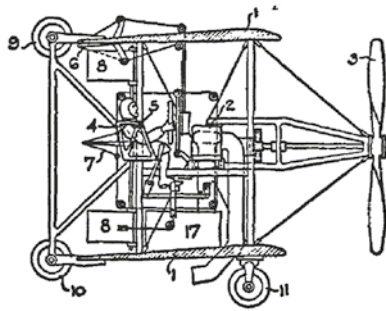
Índice

Agradecimientos	11
Prefacio	17
Prólogo, por Leland Anderson	23
1. Moderno Prometeo	29
2. Jugador	36
3. Inmigrante de postín	56
4. En la corte del señor Edison	65
5. Comienza la Guerra de las Corrientes	80
6. La Orden de la Espada Flamígera	99
7. Radio	115
8. Alta sociedad	134
9. Horas altas, horas bajas	151
10. Un error de cálculo	164
11. Hacia Marte	178
12. Robots	194
13. Hacedor de rayos	214
14. Apagón en Colorado Springs	227
15. Ensalzado y humillado	241

16.	Ridiculizado, condenado, combatido	254
17.	La gran controversia de la radio	276
18.	Los riesgos de la madurez	288
19.	El <i>affaire</i> Nobel	295
20.	El horno volador	307
21.	Radar	320
22.	Invitado de honor	331
23.	Palomas	340
24.	Transiciones	353
25.	Las fiestas de cumpleaños	360
26.	Corchos a la deriva	369
27.	Comunión cósmica	382
28.	Muerte y transfiguración	391
29.	Los papeles perdidos	405
30.	El legado	422
	<i>Post Scriptum</i> . Fin de la caza de los papeles	437
	Bibliografía	439
	Referencias	443
	Notas	445
	Índice onomástico	459



Para Barbara Nelson y Allen Davidson



Agradecimientos

Quiero dar las gracias, de manera especial, a:

Lelan Anderson, uno de los fundadores de la Tesla Society¹, coautor de la anotada *Dr. Nikola Tesla Bibliography* (San Carlos, California, Ragusan Press, 1979), y autor de la monografía *Priority In the Invention of Radio - Tesla v. Marconi*. La investigación y los trabajos académicos de Anderson sobre Tesla han ocupado un lugar preeminente en su vida. Ingeniero eléctrico y antiguo consultor informático, revisó mi manuscrito y generosamente me compartió su archivo sobre Tesla, incluido mucho material no publicado con anterioridad, así como fotografías.

Maurice Stahl, un físico que ha trabajado para la Hoover Company y ahora es consultor para el Museo Histórico McKinley de Ohio (que acogió una exposición sobre Tesla), también revisó el manuscrito y me asesoró sobre aspectos técnicos.

El doctor Bogdan Raditsa, que trabajó para el presidente Tito de Yugoslavia en los primeros años de su gobierno, me clarificó y amplió cómo la política de los aliados hacia Yugoslavia durante

la Segunda Guerra Mundial afectó a Tesla. Lleva muchos años viviendo en Estados Unidos, es autor de libros y artículos, y enseña historia balcánica en la Universidad Fairleigh Dickinson.

El doctor Lauriston S. Taylor, consultor sobre física de la radiación, y que ha sido hasta hace poco presidente de la NCRP*, es una autoridad en los pioneros de los rayos X y, por tanto, ha leído y comentado sobre las contribuciones de Tesla en este campo.

Lambert Dolphin, ayudante de dirección del Laboratorio de Física de la Radio de la empresa SRI International, analizó los trabajos de Tesla sobre los rayos globulares, armas de haz de partículas, comunicaciones por radio, y la corriente alterna.

El doctor James R. Wait, que ha sido científico jefe del laboratorio de investigación medioambiental de la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica (NOAA, por sus siglas en inglés) en Boulder (Colorado), y una autoridad en la propagación de ondas, me habló sobre el concepto tesliano de la energía electromagnética transmitida «a través de la Tierra», como también hizo Anderson.

El profesor Warren D. Rice, de la Universidad Pública de Arizona, un destacado estudioso de la turbina de Tesla, también analizó las ideas del inventor sobre las centrales de energía geotérmica y las de conversión de la energía térmica del océano, a partir del estado actual de ambas.

Estoy en deuda con el pionero de la radio y contraalmirante retirado de la Armada E. J. Quinby, quien ha contribuido con sus recuerdos personales sobre el temprano trabajo de Tesla en la radio y la robótica; con el doctor Albert J. Phillips, ex director de investigación de la empresa ASARCO², por sus recuerdos sobre el trabajo que compartió con Tesla en un proyecto; y con el doctor William M. Mueller, del departamento de Metalurgia de la Escuela de Minas de Colorado, quien aportó su análisis del mismo.

* Consejo Nacional de Mediciones y Protección Contra la Radiación estadounidense, por sus siglas en inglés. [N. del T.]

De los muchos fieles admiradores estadounidenses de Tesla, pocos han trabajado tan incansablemente para que se haga justicia a su memoria como Nick Basura. Él me guió hacia fuentes muy útiles al principio de mi investigación, por lo que le estoy agradecida.

Harry Goldman, un estudioso de Tesla, escritor y fotógrafo, me proporcionó su conocimiento y experiencia para la mejora de viejas copias fotográficas, y me facilitó al acceso a fotos de su archivo privado.

Estoy agradecida a Eleanor Treibek, de Voluntarios en Acción, del Language Bank (Monterey, California) por su ayuda en la traducción; al Museo Tesla de Belgrado, en Yugoslavia, por cederme imágenes y las cartas de Katharine Johnson y Michael Pupin, A. J. Fleming, Sir William Crookes, Richmond P. Hobson, y otros testimonios sobre Nikola Tesla; al profesor Philip S. Callahan por darme permiso para utilizar su fotografía del lugar de nacimiento de Tesla; a la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia por las fotografías y cartas de Robert y Katharine Johnson, George Scherff, Nikola Tesla, George Westinghouse, el mayor Edwin Armstrong, y Leland Anderson; al Departamento de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso por las cartas microfilmadas de Tesla, Robert Johnson, Mark Twain, B. F. Meissner, George Scherff, George Westinghouse, J. Pierpont Morgan, J. P. Morgan, entre otros; al bibliotecario J. R. K. Cantor de la biblioteca Bancroft, de la Universidad de California en Berkeley, por el acceso al archivo de Julian Hawthorne, y al Proyecto de Historia de la Ciencia y la Tecnología de la universidad; al personal de la Biblioteca John Steinbeck de Salinas, la Biblioteca Pública de Nueva York, y las bibliotecas del Instituto de Tecnología de Massachusetts; al bibliotecario encargado de las Colecciones Especiales de la Universidad Purdue; al señor Elliot N. Sivowitch y la Institución Smithsonian, Museo Nacional de Historia Estadounidense, a la Corporación Westinghouse, el Laboratorio Nacional de Brookhaven, RCA, y a Niagara Mohawk, por la cesión de fotografías; a Robert Golka por información sobre el «Proyecto Tesla».

Quiero también agradecer al Departamento Federal de Investigación (FBI), a la Secretaría de Marina, la Agencia Nacional de Seguridad (NSA), la Agencia Central de Inteligencia (CIA), los Fondos de los Archivos Nacionales, el bibliotecario técnico de la base de la Fuerza Aérea de Wright-Patterson; la Oficina de la Propiedad Extranjera, y al departamento de Medicina Forense de la Ciudad de Nueva York.

La autora, y el editor, también expresan su deuda por las siguientes citas en este libro:

Al doctor Jule Eisenbud y a la señora Laura A. Dale por darme permiso para citar el artículo «Two Approaches to Spontaneous Case Material», de Eisenbud, publicado en *Journal of the American Society for Psychical Research*, en julio de 1963; a la David McKay Company por permitirme citar *Prodigal Genius*, de J. O'Neill (publicado originalmente por Ives Washburn, Inc. en 1944); a *The New York Times* por extractos de «Electrical Sorcerer», de Waldemar Kaempffert (sección «Book Review», 4 de febrero de 1945); a la revista *Time* por la cita de la portada del 20 de julio de 1931; a Frederic B. Jueneman por el permiso para citar *Limits of Uncertainty*, p. 206f (Dun-Donnelly, Chicago, 1975); y a Jueneman e *Industrial Research* por la cita de «Innovative Notebook», del mismo Juneman (febrero de 1974).

Gracias a *Science & Mechanics* por su permiso para citar el artículo de Nikola Tesla «Our Future Motive Power», publicado en *Everyday Science & Mechanics* en diciembre de 1931, y para reproducir una de las ilustraciones que incluye.

Nuestro agradecimiento especial a M. Harvey Gernsback, presidente de Gernsback Publications, Inc., por su permiso para reproducir las fotos, las ilustraciones del artista Frank Paul y las citas de «My Inventions», de Nikola Tesla, publicado en *Electrical Experimenter y Science & Invention*, entonces editadas por Hugo Gernsback.

Agradecimientos

Y a Leland Anderson por darme permiso para citar «Priority in Invention of Radio, Tesla *v.* Marconi», *Antique Wireless Association* (marzo de 1980).

Además, la autora está en deuda con el Museo Nikola Tesla por las palabras del propio Nikola Tesla en *Colorado Springs Notes, 1899-1900*; al rey Pedro II por la cita de *A King's Heritage* (Putnam, Nueva York, 1954), y por las líneas de T. C. Martin en *The Inventions, Researches and Writings of Nikola Tesla*, en la versión de *The Electrical Engineer* de 1894, y con nueva edición a cargo de Omni Publications (Hawthorne, California, 1977).

Entre los amigos y familiares, estoy agradecida al inventor Allen Davidson y a Randy Pierce y *PJ*, quienes con decisión leyeron y comentaron el manuscrito desde sus primeras versiones, y me alentaron con su entusiasmo. Y, por encima de todo, agradezco a Barbara Nelson su labor como editora, por su mirada crítica y su lealtad a lo largo de esta larga tarea.

Prefacio

Resulta increíble cómo el tiempo, la negligencia y una deslumbrante nueva generación de tecnócratas se han fijado en las patentes y reputación de este genio del siglo XIX. El trabajo de Nikola Tesla, aunque algunas veces pirateado u olvidado, y a menudo incomprendido, nunca ha necesitado brillar. Sospecho que debe de estar riéndose a medida que el mundo incorpora sus visiones y conceptos porque, como sabiamente él mismo anotó hace mucho, «el científico no se orienta hacia un resultado inmediato. No espera que sus ideas avanzadas sean fácilmente asumidas. Su trabajo es como el de un sembrador: es para el futuro».

En solo una década, el nombre de este sembrador casi olvidado ha adquirido un aura de simbólico encanto que se siente más cómodo en la era de la automatización e Internet. De alguna forma, nos habla de la fortuna que nunca llegó a ser suya, de los miles de millones de dólares generados o anticipados por los espabilados jóvenes admiradores del siglo XXI, que a menudo le han reconocido como inspiración por su trabajo, sus patentes, y sobre todo por sus sueños. Neurótico brillante, Tesla pasó sus últimos

años de octogenario en una habitación de hotel en Nueva York subsistiendo a base de una dieta de galletas Nabisco y la compañía espiritual de una encantadora paloma blanca.

Hoy en día, uno puede difícilmente coger un ejemplar de *The Wall Street Journal* o *The New York Times* sin encontrar una mención de él o de su influencia en sus jóvenes y famosos admiradores.

Es pertinente mencionar que murió solo y endeudado en 1943, por lo que sus atareados y pródigos Estados Unidos, su país de elección, se limitaron a olvidarlo tras la Segunda Guerra Mundial. Y por si eso no fuera suficiente, el representante académico designado para evaluar y preservar su legado científico —todas las investigaciones y archivos que había amasado durante más de cincuenta años— lo envió a la Oficina de la Propiedad Extranjera (¡aunque Tesla había adoptado la nacionalidad estadounidense!), que a su vez la envió a su tierra natal, el pequeño país de Serbia (por entonces, integrado en la comunista Yugoslavia). Por supuesto, este tesoro intelectual quedó fuera del alcance de generaciones de estadounidenses y del resto de nacionalidades excepto, quizá, los rusos.

Entonces, cabe preguntarse: ¿estamos ante un caso de mala suerte?

La primera vez que escuché el nombre de Tesla, descubrí con sorpresa que era conocido por relativamente pocos estadounidenses, y que las menciones de él habían desaparecido casi por completo de los libros de texto universitarios. Incluso sus colegas del mundo de la electricidad, y los propios ingenieros, se quedaban a menudo perplejos por sus intentos de domar la salvaje energía cinética de la tierra y el cielo. De hecho, si no hubiera sido por un radioaficionado llamado John Wagner, un maestro de tercer grado de Michigan quien, con razón, denunció que había sido Tesla, y no su colega italiano Guglielmo Marconi, quien inventó la radio, y que dedicó, junto a sus estudiantes y el grupo de rock TESLA, décadas de esfuerzo para combatir esta confusión —incluso entre los que trabajaban en

el Museo Smithsoniano de Historia Natural, que atribuyeron algunos de los inventos de Tesla a Edison y Marconi—, habría llevado más tiempo que la verdad saliera a la luz. Por supuesto, hubo científicos que sabían, o sospechaban, que Tesla merecía el crédito, pero el Comité Nobel reconoció con el galardón de Física a Marconi por inventar la telegrafía sin hilos y es reacio a admitir que cometió un error; algo que, por cierto, a día de hoy sigue sin hacer. En 1943, el Tribunal Supremo de Estados Unidos falló en favor de Tesla, pero ¿a quién le importó cuando se estaba desarrollando una guerra mundial? Y, por desgracia, el inventor ya había muerto.

La ya incómoda relación entre Tesla y Thomas Edison terminó de envenenarse a principios del siglo xx por un espinoso asunto espinoso conocido como la Guerra de las Corrientes, que enfrentó a sus respectivos valedores en la industria, la Westinghouse Corporation y la General Electric Company. La rivalidad se resolvió con el triunfo del sistema de corriente alterna (AC) de Tesla para el aprovechamiento de las cataratas del Niágara y, en último término, la electrificación mundial. La corriente alterna, junto con la radio y la automatización, revolucionó las bases tecnológicas que permitieron el progreso en el siglo xxi.

De todas formas, en la no bien informada percepción del público ha sido Edison, considerado el estadounidense por antonomasia, y quien nos proporcionó el fonógrafo, la bombilla y el papel encerado, entre otras muchas cosas sensatas, quien, durante generaciones, le ha venido a la mente a la hora de hablar de los mayores logros del siglo xx. Muchos de los éxitos de Edison, por desgracia, han dejado de ser de uso cotidiano incluida, en fecha reciente, la lámpara incandescente. Una luz más eficiente ha sido desarrollada en Europa, una que desciende del tubo fluorescente que Tesla exhibió por primera vez en la Feria Mundial de Chicago de 1893.

El redescubrimiento de Nikola Tesla, por no mencionar su gran obra, ha influido a algunos de los pioneros principales del siglo xxi. Larry Page, quien junto a su socio Serguéi Brin creó el

buscador global Google, comenta que su interés por la ciencia comenzó a edad temprana. Como explicó a *The Economist*, «cuando tenía doce años, leí una biografía de Nikola Tesla, un prolífico inventor que nunca tuvo mucho reconocimiento, pero que ahora es un héroe entre los frikis de la tecnología». Page, un auténtico visionario, pensó hacer sobre él su tesis en la Universidad Stanford, pero decidió «ir a lo seguro», según sus propias palabras, y se dedicó a inventar Google.

Cuando, hace poco, una compañía californiana anunció sus planes para producir un automóvil deportivo totalmente eléctrico y de alta velocidad, los emprendedores, como no podía ser menos, escogieron el nombre de Tesla Motor Company. Como era de esperar, sus admiradores en Hollywood se apresuraron a invertir millones en su futuro. Casi un siglo antes, Tesla, uno de los primeros preocupados por el medio ambiente, había experimentado con automóviles enteramente eléctricos, con poco éxito. También diseñó un pequeño avión del que dijo que era un «horno volante», que podría transportar a su pasajero desde la ventana de su dormitorio directamente a su oficina. Permanece como uno de sus sueños nunca hechos realidad.

El genio excéntrico y controvertido que ha salido de la oscuridad para convertirse, en nuestros días, en inspiración para frikis multimillonarios, espiritualistas *New Age*, *rock stars*, estudiantes, maestros, poetas, compositores de ópera, dramaturgos, productores de cine y televisión, artistas, fotógrafos y escultores dadaístas, así como protagonista de un aluvión de libros tanto académicos como de ficción, puede ser una de las figuras clave de nuestra era.

La mitología en torno a Tesla es utilizada con fines comerciales por emprendedores tan variados como fabricantes de chips o creadores de videojuegos. Los comerciales de una nueva línea de producto de Nvidia rivalizan con sus competidores en el sector de los procesadores al ofrecer una línea de productos de Tesla. Y desde luego era inevitable que los diseñadores de un videojuego

titulado *Dark Void* pusieran el foco de sus conspiraciones sobre un personaje llamado como él.

No resulta apenas sorprendente descubrir que algunas de las viejas patentes de Tesla se encuentren tras los conceptos básicos que se utilizan en la moderna física atmosférica. Un controvertido proyecto de la industria militar conocido como HAARP, el programa de investigación de auroras activas de alta frecuencia, en Alaska, sigue varias líneas de exploración de la ionosfera. La Duma rusa ha emitido una protesta al considerar que interfiere en las comunicaciones mundiales. Técnicamente, la ionosfera terrestre no fue descubierta hasta 1926 por el físico británico E. V. Appleton. Pero ya en 1900 Tesla había registrado una patente para la transmisión inalámbrica de energía a través de la región por entonces sin nombre situada a unos setenta kilómetros de altura, donde partículas de materia cósmica del Sol quedan atrapadas entre el vacío del espacio y la atmósfera de la Tierra.

Tesla se obsesionó con la masa luminosa de los remolinos de energía conocidos como luces del norte o *aurora borealis*, que forman un enorme circuito electrodinámico alrededor de la Tierra, y que llegan a transportar una energía equivalente a mil grandes centrales. Nadie puede saber lo que puede depararnos esta investigación. Escritores un tanto grandilocuentes advierten de que los «rayos mortales» del HAARP* pueden llegar a incendiar el cielo, lo que despierta las risas de quienes están al frente de él, o permitir el control universal del pensamiento. Otros hablan de controlar la meteorología mundial, lo que puede ser en parte una bendición en un mundo que escapa a nuestro control, o de la capacidad de transmitir energía mediante microondas por el globo.

* El Programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia (HAARP, por sus siglas en inglés), un proyecto militar que cuenta también con la participación de la Universidad de Alaska, es uno de los objetivos más importantes de la conspiranoia en torno a Tesla. Destinado al estudio de la ionosfera con el fin de mejorar las comunicaciones y el guiado de misiles, ha sido señalado en numerosos foros, y sin pruebas, como un centro de control efectivo del tiempo atmosférico, y eso por citar tan solo el más racional de sus presuntos usos. [N. del T.]

El físico Bernard Eastlund, consultor de la Atlantic Richfield Oil Company, y que estaba buscando un método menos oneroso para transportar gas natural desde lugares remotos, revisó las ideas originales de Tesla. Propuso una «tubería» que iría por el aire, y que utilizaría gas natural para alimentar transmisores por microondas. Estas se acelerarían al tiempo que recorrerían grandes distancias en la ionosfera, antes de ser enviadas hacia satélites y ser transformadas después en energía eléctrica que volvería sobre la Tierra. En resumen, el HAARP sería una versión moderna del más puro Tesla, un recordatorio de que el genio aún nos dedica una mirada burlona.

M. C.
2010

Prólogo

A pesar de la brillante, trepidante y preferente atención que Nikola Tesla recibió en el apogeo de su reinado en los campos de la investigación y la ingeniería, este mantuvo su vida personal dentro de los límites de un ámbito muy privado. Dado que era un solitario, un soltero perpetuo que trabajaba en soledad, sin lazos empresariales, y que nunca mezclaba ambientes, su vida personal fue un misterio para los extraños. Semejante desconocimiento de la carrera de una de las figuras más emblemáticas de la ciencia y la ingeniería puede suponer importantes obstáculos para un biógrafo. Aun así, justo tras su muerte en 1943, a los 86 años, John J. O'Neill, redactor jefe de Ciencia del *New York Herald Tribune*, publicó la biografía *Prodigal Genius*. Durante muchos años, esta fue la única que hubo de Tesla, sobre todo a causa de las dificultades que cualquier otro aspirante tendría que enfrentar para poder encontrar datos nuevos y relevantes sobre él.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la montaña de material que constituía su archivo fue enviada a Belgrado, en Yugoslavia, su país natal, aunque Tesla tenía la nacionalidad estadounidense,

donde se había fundado un museo estatal con su nombre. Las circunstancias que rodearon el traslado de este legado a Yugoslavia son interesantes, pero no me referiré a ellas ahora, salvo para señalar el problema que supone que un museo de estas características esté situado tan lejos de cualquier posible biógrafo de este país, por no hablar de las severas restricciones en el acceso al material que existe para los investigadores que se aventuran en él.

En 1959 se publicaron dos pequeñas biografías de Tesla. El libro de la doctora Helen Walter estaba dirigido a un público joven, y como curiosidad la portada y las ilustraciones que incluía diferían de su aspecto real. El libro de Margaret Storm, publicado por ella misma e impreso en tinta verde, se basaba en la idea de que Tesla era la encarnación de un ser superior procedente del planeta Venus (!). Arthur Beckhard publicó en 1961 otra breve biografía para un público juvenil. El nombre de Tesla estaba mal escrito en la sobrecubierta —este escribió en una ocasión a un amigo que desearía poder lanzar todos los rayos de su laboratorio contra todos aquellos que escribían mal su nombre—, y el libro omite prácticamente todo lo referido a su vida después de 1900, cuando tenía 44 años. Los tres bebían ampliamente de la biografía de O'Neill, como demuestra la reiteración de hechos legendarios erróneos que estudios posteriores han aclarado, y ninguno de los tres amplió lo ya abordado por este.

Lightning in His Hand: The Life Story of Nikola Tesla, de Inez Hunt y Wanetta Draper, residentes en las cercanías de Colorado Springs, se publicó en 1964, veinte años después de la biografía de O'Neill. Este último no había estado en Colorado Springs, donde Tesla levantó una estación experimental en 1899 y realizó experimentos eléctricos que, a día de hoy, siguen asombrando a científicos de todo el mundo, y en consecuencia se privó de la información que los vecinos le podrían haber dado sobre los encuentros que Tesla tuvo con ellos. Puede decirse que el inventor de la biografía de Hunt y Draper era más de carne y hueso, y el libro incluía numerosas fotografías. Su interés principal se cen-

traba en su estancia de año y medio en Colorado, desde el principio el objetivo de sus autoras.

Al fin y al cabo, ¿por qué querría alguien embarcarse en otra biografía completa tras la publicación del *Prodigal Genius* de O'Neill? Ha sido considerada la de referencia, y probablemente fue lo mejor que cualquiera podría haber hecho en aquellos años, con la excepción de Kenneth Swezey, un divulgador científico y amigo íntimo de Tesla durante las últimas dos décadas de su vida. Sin embargo, desde la ventaja que da el tiempo, ahora vemos la biografía de O'Neill como incompleta, en tanto se centra en el Tesla individuo y deja de lado sus relaciones con colegas y amigos. Incluso aunque O'Neill y Tesla mantuvieran una amistad, este guardaba cierta distancia con el periodista, quien solo pudo utilizar aquello que con gran dificultad lograba sonsacarle. Desde luego, no se trata de la situación ideal para un biógrafo.

Desde la publicación de la biografía de O'Neill ha ido apareciendo mucha información nueva, que añade nuevas facetas a lo que conocemos sobre Tesla. Muchas preguntas planteadas por los estudiosos de su vida han sido respondidas; de todas formas, estas revelaciones, a su vez, han planteado nuevos enigmas. Gracias a la Ley por la Libertad de la Información hemos sabido que el Gobierno Federal tenía un gran interés por los papeles de Tesla. ¿Por qué no iba a ser así? En plena Segunda Guerra Mundial, a menudo sorprendía a los periodistas al hablarles de armas en desarrollo que lanzarían rayos capaces de fundir aviones, de telegeodinámica, y de otros conceptos avanzados. El Gobierno Federal no tenía posibilidad de saber si se trataba de algo con base real, o de una simple especulación. Lo que siguió a la investigación a cargo de las agencias federales es capítulo aparte.

Al recordar cuándo se despertó mi interés por Tesla, me doy cuenta de que desde los días del instituto me fascinaron las investigaciones en torno a las corrientes de alta frecuencia y alta tensión que le hicieron mundialmente conocido. Me desconcertaba, sin embargo, la anormal dificultad que existía para obtener copias de sus escritos técnicos, así como para localizar menciones

a textos firmados por otros sobre su trabajo. Ese fue el impulso inicial de lo que se convertiría en un proyecto de muchos años, producir un exhaustivo catálogo de los escritos de, y sobre, Tesla y su trabajo, que apareció publicado en 1979 en forma de bibliografía, y para la que desempeñé las funciones de coeditor. En el transcurso de mis estudios de ingeniería eléctrica, y con mi interés por las investigaciones de Tesla en alta frecuencia y alta tensión intacto, mis pesquisas de vez en cuando me llevaban a conocer a gente que había trabajado para él, como sus secretarías Dorothy Skerritt y Muriel Arbus, y técnicos de laboratorio como Walter Wilhelm. A lo largo del tiempo, sus amigos personales, así como otras personas que le habían conocido personalmente, fueron saliendo a la luz.

Mientras el centenario de Tesla de 1956 se iba acercando, resultaba cada vez más evidente que nada se había previsto por parte de ninguna gran organización científica e ingenieril de ese país con motivo de la efeméride. Por eso, y junto con Skerritt, Arbus, Wilhem y otras personas interesadas, colaboré en la fundación de la Tesla Society, con el cometido de desarrollar y coordinar actividades para celebrar el centenario. Pasado este, la asociación cesó sus actividades, pero la conciencia del impacto de Tesla en la sociedad civil se reactivó, tras el paréntesis abierto tras su muerte. Surgió un nuevo interés por los descubrimientos que él anunció y demostró, pero que habían sido frenados en su desarrollo a causa del retraso en el desarrollo tecnológico de las disciplinas que involucraban, como ocurre con la ciencia de materiales.

Inspiración. Eso es lo que insufló a otros inventores a través de los desafíos que afrontó a lo largo de su vida, y eso es lo que su trabajo sigue aportando en nuestros días a los técnicos especialistas. Con motivo del 75.º cumpleaños de Tesla, en 1931, sus contemporáneos dejaron mención por escrito de que sus conferencias seguían siendo tan imaginativas e inspiradoras para impulsar avances como cuando fueron se publicaron por primera vez, hacía cuarenta años:

Prólogo

En casi cada etapa del progreso en la ingeniería de las centrales eléctricas, así como de la radio, podemos rastrear el hilo de pensamiento que nos lleva hasta Tesla. Existen muy pocos, de hecho, que en vida pudieron ver la realización de una imaginación tan privilegiada.—*E. F. W. Alexanderson*

Al leer sobre el trabajo de Tesla, uno se ve constantemente sacudido por las muchas ideas con las que se adelantó al posterior desarrollo de la radio.—*Louis Cohen*

Prolífico inventor, que resolvió el mayor problema de ingeniería eléctrica de su época, y aportó al mundo el motor polifásico y su sistema de distribución, que revolucionó el campo de la energía y sentó las bases para su fenomenal desarrollo. Mi experiencia como ayudante suyo en la histórica conferencia que pronunció en la Universidad de Columbia sobre altas frecuencias, y lo que la siguió, ha dejado en mí una indeleble impresión, y su inspiración me ha acompañado a lo largo de mi vida.—*Gano Dunn*

Despertó en mí un interés inagotable por la conductividad de los gases. Ya en 1894 le decía a nuestro amigo común que el libro que usted firmó [...], que contiene los textos originales de sus conferencias, seguirá siendo considerado un clásico dentro de cien años. Sigo teniendo la misma opinión.—*D. McFarlan Moore*

Recuerdo claramente el ansia y fascinación con la que leí su exposición de los experimentos con alta tensión que realizó hace más de cuarenta años. Fueron de lo más originales y atrevidos, y abrieron nuevos caminos para la exploración a través de la reflexión y la experimentación.—*W. H. Bragg*

Hay tres aspectos en el trabajo de Tesla que merecen, de manera especial, nuestra admiración: la importancia de los logros en sí mismos, a juzgar por las consecuencias que han tenido para la vida diaria; la claridad lógica y el pensamiento diáfano con los que ex-

pone los razonamientos que desembocan en los hallazgos; y la visión y la inspiración, diría incluso que el coraje, de vislumbrar cosas remotas tan avanzadas en el tiempo, y con ellas abrirle nuevas sendas a la humanidad.—*I. C. M. Brentano*

En nuestros días, los textos de Tesla conservan intacta su capacidad para inspirar a quienes se aventuran en ellos. Tesla fue, en efecto, un *adelantado a su tiempo*, y esta biografía consigue superar los insólitos obstáculos que se plantean su investigación para, así, dar de nuevo vida a su extraordinaria historia.

Leland Anderson
Denver, Colorado

Moderno Prometeo

A las ocho en punto, una figura de aspecto patricio, en la treintena, era acompañado a su mesa habitual en el Palm Room del hotel Waldorf-Astoria. Alto y esbelto, vestido con elegancia, era el centro de todas las miradas, aunque la mayor parte de los comensales, conscientes de la famosa necesidad de privacidad del inventor, aparentaban no haberle visto.

Dieciocho servilletas limpias de lino se apilaban en el lugar de costumbre. Nikola Tesla no podía explicar muy bien por qué prefería los números divisibles entre tres, como tampoco el motivo de su terror hacia los gérmenes o, en definitiva, el de cualquiera de las otras múltiples obsesiones que plagaban su vida.

Distraído, comenzó a pulir la plata y el cristal ya relucientes, cogiendo y soltando una servilleta tras otra, hasta que una pequeña montaña almidonada se formó en la mesa de servicio. Luego, cada vez que llegaba un plato, procedía a calcular de manera convulsiva su volumen, antes de llevarse un bocado a los labios. De otro modo, no sería capaz de disfrutar de la comida.

Aquellos que acudían al Palm Room por el deseo expreso de observar al inventor podían ver que él no elegía su comida en la carta. Como de costumbre, se la habían preparado con anterioridad según las instrucciones que había dado por teléfono, con la petición de que no fuera servida por un camarero, sino por el mismísimo *maitre* del hotel¹.

Mientras Tesla picoteaba de su comida, William K. Vanderbilt se detenía para recriminar al joven serbio que no usara más el palco que su familia tenía en la ópera. Y nada más irse, un hombre de aspecto erudito con una barba al estilo Van Dyke y gafas sin montura, se acercaba a la mesa de Tesla y lo saludaba con sincero afecto. Robert Underwood Johnson, además de ser director de una revista y poeta, era un *bon vivant* con ambiciones sociales y muy bien relacionado.

Con una sonrisa, Johnson se inclinó y le susurró a Tesla al oído el último cotilleo que circulaba entre los Cuatrocientos*: una recatada colegiala llamada Anne Morgan, al parecer, se había enamorado del inventor y estaba agobiando a su padre, J. Pierpont, para que se lo presentara.

Tesla sonrió con timidez, y le preguntó a Johnson por su mujer, Katharine.

—Kate me ha pedido que te lleve a comer el sábado —le respondió este.

Hablaron brevemente de otra invitada por la que Tesla mostraba interés, aunque solo en un sentido platónico, una encantadora joven pianista llamada Marguerite Merington. Tras confirmarle que ella también asistiría, el inventor aceptó la invitación.

El periodista se fue, y Tesla volvió a fijar su atención en el plato de postre, del que trató de determinar su volumen. Apenas había terminado de hacer los cálculos, cuando un mensajero se

* Nombre con el que era conocida popularmente la *crème de la crème* de la alta sociedad neoyorquina. Se dice que esas eran las personas que cabían en el salón de baile de la rica aristócrata Caroline Astor; para ser alguien en la ciudad, se debía estar en su lista de invitados. [N. del T.]